

# PELICULAS

*Novela Semanal*

## *El Aventurero Millonario*





# PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 19 :: 25 CTS.

Adaptación literaria de la deliciosa  
comedia de gran presentación

## El Aventurero Millonario

---

interpretado por LIVIO PAVANELLI  
y ELDA BRINT

ESCLUSIVAS PROCINE

---

CALLE DE CLARIS, 71 :: BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

---

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA



El día en que empieza nuestra narración, por la amplia vía de Victoria Strasce, una de las más hermosas y concurridas de la capital alemana, caminaba un sujeto como de unos veintiocho años, alto, de complexión robusta y mirar franco. Resultaba un sujeto en extremo agradable y su aspecto parecía el de un curioso que nunca jamás hubiera paseado por aquellos lugares. Caminaba lentamente, fijándose en todo con esa insistencia del forastero, que mira todo por vez primera.

Si por alguna cosa llamó nuestra atención el tal viandante, fué por el hecho de que yendo muy pobremente vestido, al llegar a una de las bocacalles se metió en un taxi y desapareció de nuestra vista. Ello fué causa de que nos produjera bastante extrañeza, ya que los mendigos, tal parecía su aspecto, no suelen ir a menudo en auto. Y por esto precisamente, nos quedó grabada su imagen en la memoria. De no haber mediado circunstancia semejante, a buen seguro nos hubiera pasado desapercibido, como uno de tantos ciudadanos que a la misma hora cruzaban aquella vía, congestionada hasta los límites de lo imposible por el exceso de tráfico.

Al llegar la noche, la calle de que hacemos referencia, y en la cual aparecen enclavados

la mayoría de los music-halls de Berlín, adquiere un aspecto fantástico. Millares de rótulos luminosos parpadean sin cesar como si con su intermitente refulgir quisieran llamar la atención de los miles de nacionales y extranjeros que acuden a visitar aquellos lugares de diversión.

Cerrada ya la noche volvemos a encontrar al extranjero de referencia y vemos que después de permanecer un instante a la puerta de un lujoso establecimiento, encamina sus pasos hacia el cercano Jardín Botánico, refugio de los desheredados de la fortuna, que no cuentan con una cama donde dormir.

Llegado que hubo, se tumbó sobre un banco, no lejos de otros dos sujetos que debían de hallarse poco más o menos en su misma angustiosa situación pecuniaria y habíanse acogido en aquel establecimiento, dispuestos a pasar la noche cubiertos por el poético manto de las estrellas.

No había podido nuestro personaje conciliar el sueño cuando rasgó el aire un grito penetrante «¡La RAZZIA!» y en el acto comenzaron a correr desgraciados por todas direcciones, quienes corrieron a refugiarse en los setos y otros menos afortunados, a dar en las manos de la policía.

—¡Venid conmigo!—dijo uno de los tres al oír el grito de peligro.

No lejos del lugar elegido por ellos para pasar la noche, había una fuente monumental que afectaba la forma de una palmera que tuviera tres copas. Metiéronse rápidamente bajo la copa más baja y se ocultaron en el agujero que formaba el reborde de la fuente.



Desde allí pudieron contemplar como sus compañeros de infortunio eran apresados por los guardias. Para no despertar sospechas, el de más edad, que parecía ser el verdadero conocedor de aquellos lugares, les dijo a sus compañeros de «hospedaje».

—Esconderos bien que voy a soltar el agua. Así no vendrán a mirar los guardias, que ya parece que se acercan.

Pasado el peligro, los granujas se presentaron a sí mismos.

—Me llamo Pedro Martel—dijo el que conocimos en las calles de la ciudad dirigiéndose a su vecino y quitándose el viejo y raído sombrero.

—Encantado de conocerle. Juan Remiers, para servir a usted.

—Le damos las gracias por su ayuda, señor —manifestó el que dijera llamarse Pedro Martel dirigiéndose al de más edad.

—Yo me llamo Gracián a secas—repuso éste. Y luego, con visible mal humor prosiguió:

—Es intolerable la falta de consideración de estos perros. No le dejan a uno ni descansar sobre la tierra, que al fin y al cabo es de todos y tanto derecho como ellos tenemos nosotros a permanecer sobre ella, en la forma que nos plazca.

El aristócrata arruinado, pues eso y no otra cosa parecía Juan Remiers, comentó en son de chanza:

—Eso es que no nos han conocido. Si les parece a ustedes podemos pasarles tarjeta.

Rió Martel la humorada y el llamado Gracián le dirigió una mirada torva, como si quisiera denotar que no estaba para bromas.

Al desaparecer por completo el peligro, animados por cierta gran idea que les expusiera Pedro Martel, y que los otros dos aceptaron incontinenti, salieron de su escondite y se encaminaron hacia la puerta de salida. Pero he aquí que al llegar a cierta parte del parque, oyeron unos pasos furtivos. Parapetáronse los tres en un malecón y vieron que los pasos procedían de dos sujetos cargados con sendos sacos, al parecer llenos hasta la boca.

—¡Alto a la autoridad, bandidos!—gritó Pedro Martel.

Los sujetos en cuestión, que por lo visto no deberían tener la conciencia muy limpia, abandonaron los sacos, y huyeron a todo correr. Nuestros héroes, salieron en busca de los objetos abandonados tan prestamente y después de cargar con los sacos, fueron a la casa de un barquero, emplazada unos trescientos metros más allá. El habitante de la misma, en el trabajo a aquella hora, sin duda por no tener nada que guardar, no se había cuidado de poner llaves ni cerrojos.

Abiertos los sacos empezaron a salir de ellos toda clase de prendas de vestir, en tal profusión, que la cabaña adquirió bien pronto el aspecto de un bazar de ropas hechas.

Y mientras a la orilla del río se desarrollaban estas escenas novelescas, ante el majestuoso Hotel Real, Blanca Bell, la bailarina más hermosa de Berlín, se impacientaba en espera de su generoso amigo, el banquero barón de Goerz.

—Le juro señor mío que ese señor Vander-gould por quien usted pregunta no se halla en el hotel.



Sin duda el barón debía haber insistido bastante por cuanto el encargado del establecimiento parecía contestarle con mediano humor.

—Es muy extraño—concluyó el financiero cerrando el libro registro de viajeros—. Yo tenía noticias de que ya debía encontrarse aquí y éste es el hotel en que siempre se hospedó su padre.

—Quizá esté al llegar, señor. Si tanto le interesa verle, deje su dirección y en el momento que venga le avisaremos de su llegada.

Hízolo así el banquero y volvió al coche, donde su adorable amiga contaba los minutos.

—Te advierto, querido, que faltan veinte minutos para las doce y a esta hora comienza mi número en el cabaret, de modo que no te digo más...

—Tu no sabes, amiga mía, cuanto me contraría no haber encontrado a ese Vandergould. Me propongo solicitar su representación. ¡Un negocio fabuloso! Es la mayor fortuna de Norteamérica. Morgán a su lado es un pobretón.

Mientras el banquero se daba a los demonios, ya que había recorrido los hoteles más importantes sin poder dar con su personaje, los tres aventureros se convertían en verdaderos «gentlemen», gracias al providencial hallazgo de las ropas.

Buscando en uno de los bolsillos de uno de los diversos pantalones que no tuvieron necesidad de utilizar, Pedro Martel se encontró un billete de cien marcos. No hay que decir que los otros dos compinches se tiraron a cogerlo como náufragos que ven una tabla, pe-

ro Pedro, más fuerte que ellos, los detuvo diciendo:

—¡Calma, señores! Yo lo he encontrado y yo lo guardo. Desde este momento me instituyo en tesorero de la sociedad que vamos a formar.

Momentos después, Berlín podía enorgullecerse de contar en su seno con tres ciudadanos más, decentemente vestidos. Y estos mismos ciudadanos, convencidos de que una buena ropa todo lo puede, salieron por las vías más concurridas dispuestos a buscar aventuras hasta no dejar ni un solo céntimo del billete común.

A la salida del paseo que daba acceso al Jardín Botánico, Pedro Martel vió venir un auto y lo detuvo, diciendo a sus amigos:

—Vamos a tomar un coche. Aunque parezca que no, esto viste mucho; casi más que la ropa que llevamos.

El coche de referencia era el del banquero, que al verse detenido salió protestando:

—¿Quién es el osado que se atreve a detenerme?

No obstante, la expresión de su cara cambió como por ensalmo al ver al joven que se había atrevido a parar su auto.

—¡Oh, señor Vandergould, qué felicidad!—exclamó, abrazando a Pedro Martel—. Aunque no lo he visto desde hace más de dos años, antes de la muerte de su padre, y entonces le vi tan sólo una vez, no se me despinta usted. No sabe los pasos que llevo dados para encontrarle. Mis agentes me habían informado que estaba usted en Berlín...

Los tres aventureros se miraron con el



asombro consiguiente, mientras el banquero repartía los abrazos con inusitada prodigalidad. Por fin les presentó a la danzarina.

—Blanca Bell, la artista más hermosa de Berlín.

Inclináronse los tres profundamente y el barón prosiguió:

—Suban ustedes a mi coche. Iremos al «Pájaro Azul» a ver bailar a Blanquita.

—Se lo agradecemos infinito, señor—replicó Pedro Martel—, pero antes de dos horas tenemos que tomar el expreso de París.

La bailarina, que sabía cuán interesante era para su amigo el conversar con el millonario, dirigió a Pedro Martel una mirada como para hacer vacilar la cabeza más sentada, diciéndole:

—¡Por Dios, señor Vandergould! ¿Será posible que un hombre tan grande como usted, un caballero tan cumplido, se niegue al ruego de una mujercita? ¡Venga a verme, por favor!...

Con un ruego tan fervoroso y unas miradas tan prometedoras, ¿quién se resiste? Pedro Martel pensó lo que cualquier otro mortal hubiera pensado de haberse encontrado en su lugar y después de decir por lo bajo a sus socios: «¡Ya veremos que es lo que sale de aquí!», subió tranquilo y confiado, sentándose al lado de Blanquita, que parecía querer comérselo con la mirada.

Llegado que hubieron al «Pájaro Azul» los tres amigos comenzaron por donde debían: por dar a sus estómagos el calor que necesitaban. Remiers y Pedro parecían, en realidad, dos aristócratas. Gracián, en cambio, a pesar

de su ropa nueva, se veía que él había entrado en la ropa de señor, pero que la ropa de señor no había entrado en él.

Entretanto, Remiers pasaba las de Caín. Los elegantísimos zapatos de charol que encontrara en el saco eran algo así como dos números menos de lo que él necesitaba. Se sacó el del pie derecho, que era el que más le



molestaba, y, ¡horror!, los calcetines, de los cuales no le había cabido ningún par en el reparto, eran los suyos propios.

Más bien que calcetines parecían mitones, pero ¡qué remedio!... Escondió el pie como pudo.

Terminó Blanquita su número en medio de ovaciones delirantes y vino a sentarse junto al supuesto Vandergould. Al lado de la deliciosa danzarina, y en aquel ambiente tan propicio al olvido, pasaba el tiempo volando. Dos



horas después el barón sacó su cronómetro de oro, que trastornó la vista de Gracián y gritó con alegría:

—¡Tengo la satisfacción de anunciarles que están ustedes en mi poder!

Los tres se levantaron como movidos por un resorte, mirándose asustados. El banquero prosiguió:

—El tren en que debían partir para París acaba de salir. Lo peor es que estarán ustedes sin equipaje y hasta sin alojamiento; pero no se preocupen, que me cuidaré de todo eso. Les proporcionaré habitaciones en el Hotel Real y los equiparé de momento.

Si antes se habían mirado con pavor al oír «Están ustedes en mi poder», al concluir la peroración del banquero no pudieron dejar de mirarse con asombro. Remiers se palpó los brazos y piernas para ver si soñaba o estaba despierto y otro tanto hicieron los otros.

Acercáronse a la mesa unas cuantas tanguistas e invitaron a danzar a Remiers.

—Imposible, señoritas — repuso éste, más rojo que una cereza, escondiendo el deteriorado calcetín—. No puedo bailar. Me han dado un pisotón en un pie y, además de las del cabaret, he visto infinidad de estrellas.

Blanquita no perdía el tiempo y procuraba conquistar al supuesto Vandergould.

—Emana tal encanto de su persona, es usted tan arrogante y tan elegante, al mismo tiempo, que no creo exista una mujer capaz de estar una hora a su lado sin sentirse profundamente atraída; más aún, seducida.

—Sí. Unas me aman a mí y otras a mis millones. Cada cual tiene su gusto—repuso

Martel con displicencia, cual si realmente hubiese sido un millonario perseguido por las mujeres.

El barón de Goerz, no sabiendo qué inventar para ser más agradable al millonario, se puso de pie sobre la mesa y gritó:

—¡Señoritas y caballeros! Tengo el gusto de anunciarles que este señor que ven en mi compañía, este joven apuesto y gentil, es el gran Vandergould, el hombre más rico de los Estados Unidos y del mundo.

—¡Viva Vandergould! — gritaron todas, acercándose a la mesa ocupada por él.

En aquel mismo instante el banquero depositó en sus manos un enorme fajo de billetes y le dijo en voz baja:

—Repártalos usted entre todas éstas. Es necesario que comience usted a hacerse célebre en Berlín.

—Le advierto a usted, señor Goerz, que yo...—protestó el joven.

—¡Nada, hombre, nada! No se preocupe usted... De momento reparta, que ya ajustaremos cuentas más tarde...

\* \* \*

De madrugada ya, llegaron los tres aventureros al Hotel Real, donde Goerz les había hecho reservar habitaciones por teléfono. No contento con esto, el banquero les proveyó de sendas maletas, donde podían encontrar todo lo necesario para su aseo, y además tuvo buen cuidado de hacer salir en los diarios de aquella noche las locuras del millonario, que en el «Pájaro Azul» había estado tirando los billetes a kilos.



Al llegar al hotel una de criados se posternó a su paso, como si hubieran sido emperadores. Remiers y Gracián miraban curiosos a su alrededor y Pedro Martel parecía pensativo.

—No es por nada—dijo a su amigo—, pero no puedo evitar que me asalten ciertas dudas. ¿Quién pagará todo esto? Me veo saliendo del hotel escoltado por la policía.

A eso de las diez llamaron discretamente por teléfono.

El susto de los interfectos no es para descrito.

—¡La cuenta!—murmuraron los tres al unísono.

Por fortuna, no era eso. El banquero entró como una tromba, jadeante y sudoroso. A puñetazos había tenido que defender el derecho de prioridad entre la ansiosa multitud.

—Perdone, querido señor Vandergould, que venga a molestarle tan temprano. Se trata de aquel asunto que ya anoche le indiqué y no quiero que nadie me tome la delantera. Usted accedió anoche a concederme la representación de su banca para Europa y yo debo ofrecerle la correspondiente garantía.

—¿Que yo accedí a concederle?... ¡Usted sueña, amigo mío!

—¿Cómo que no? ¡Ya lo creo que accedió usted! ¡No faltaría más sino que ahora se me volviera usted atrás! Sin perjuicio de que más adelante formalicemos el contrato y, en evitación de que otro de los muchos solicitantes quiera ganarme haciéndole una oferta, que nadie más que yo le puede cumplir, aquí

tiene un adelanto en forma de garantía. Vea usted: son cien mil marcos.

Pedro Martel quiso rehusar; no podía admitir... pero sus amigos le pusieron la pluma en la mano y le dirigieron al mismo tiempo unas miradas tan suplicantes...

—No rehuse usted o me suicido, señor Vandergould—suplicaba por su parte el banquero.

—Bueno, acepto, pero conste que lo hago por salvarle la vida.

El barón salió a la calle dando gritos de satisfacción.

—Ahora ya pueden invadir el hotel, señores—dijo dirigiéndose a un grupo de financieros que esperaba a la puerta—. He aquí mi tarjeta.

Al mismo tiempo los tres compinches acariciaban el dinero, temblando de emoción. Gracián, sobre todo, no cabía en sí de gozo.

—¡Esto parece un cuento de hadas!—decía en el colmo de la emoción.

Estaban contando los cien mil marcos cuando se presentaron dos señores que penetraron por una de las ventanas posteriores del edificio. Los tres compinches tuvieron el mismo pensamiento: «¡La policía!», y, sin poderlo evitar, comenzaron a temblar sus piernas y a agitarse sus cuerpos de una manera terrible.

—Perdonen, caballeros—dijo Gracián con voz entrecortada—, el señor Vandergould está en estos instantes ocupándose de un asunto financiero muy importante y no puede recibir visitas, aunque le lleguen llovidas del cielo.

—Nosotros tampoco tenemos tiempo que



perder ; pero, ante todo, debemos cumplir con nuestra obligación.

Y, así diciendo, sacaron dos pares de esposas y ataron con ellas a Gracián y Remiers, que en el fondo de su alma pedían a grito pelado que se abriera la tierra y los tragara a todos.

El que parecía jefe de los dos recién llegados tomó la palabra y se dirigió a Pedro Martel, sin fijarse en las muecas de los otros dos, que hubieran bastado para delatarlos ante cualquiera que no hubiese sido tan tonto como él.

—No es extraño que los hombres de la fama del señor Vandergould se vean constantemente asediados por estafadores y gentes de la peor especie.

Al llegar a este punto del discurso, Remiers y Gracián hubieron de apoyarse el uno en el otro.

—Para reducir a toda esta gente maleante —prosiguió el desconocido—, nos permitimos recomendarle el uso de las esposas modelo «Alex», irrompibles, como habrán podido apreciar sus secretarios, y cuya representación para Alemania nos ha sido confiada.

Si no se hubieran acordado en aquel instante los granujas de que eran millonarios y, por lo tanto, debían comportarse con la corrección de tales, a buen seguro que los detectives no hubiesen salido por la puerta. ¡El susto fué de los que dejan eterna memoria!

En vista de que en Berlín no ganaban para disgustos, decidieron trasladarse aquel mismo día de localidad. La sociedad compuesta de los tres aventureros, aun gozando de exce-

lente salud, fué a establecerse en el balneario de Karsbad, la ciudad de los bellos paseos y las fuentes maravillosas que llevan en su corriente la salud de los enfermos. El balneario, por su belleza, era algo así como un lugar de ensueño, un verdadero paraíso.

Sobre un alto del terreno, rodeado de espléndidos bosques, se halla el Hotel Imperial.



Allí, en sus grandes salones, encontramos a la deliciosa Diana de Orsay, recién salida del colegio, con sus diez y cho primaveras que son como diez y ocho mañanas de sol de mayo. Junto a ella vemos al marqués de Orsay, un señor ya de alguna edad que en aquel paraíso de la Naturaleza había ido a buscar un poco del bien ganado descanso.

—Te he hecho salir del colegio, hija mía— decía el marqués — porque es preciso que conozcas al que ha de ser tu marido. Entérate de esta carta, que hace dos años, antes de



su muerte, me mandó el más querido y, casi puedo decirte, que el único de mis amigos.

Diana tomó la carta y leyó. A medida que avanzaba la lectura, se ensombrecía su lindo y delicado rostro:

«Querido Orsay: Sé que pronto voy a morir y antes quiero recordarte el convenio de casar a nuestros hijos cuando tu Diana haya cumplido los diez y ocho años. Moriré tranquilo sabiendo que Cornelio tendrá a su lado una verdadera mujer y mis descendientes una buena madre.

»Benjamin Vandergould.»

—Papá, yo no puedo casarme con un hombre a quien no amo.

—En el matrimonio, hija mía, vale más la estimación mutua, el mutuo respeto, que el amor violento y apasionado.

Dejemos a padre e hija discutiendo cada uno desde su punto de vista y fijemos la atención en el grupo formado por tres sujetos que nos son familiares. Uno de ellos, Remiers, se había mandado traer la prensa y miraba rápidamente periódico por periódico.

—¿Se puede saber qué noticias buscas con tanto interés?—le preguntó Pedro.

—La de nuestra detención y procesamiento sin fianza, porque después de lo que hicimos ayer en Berlín, cualquiera se fía de nosotros!...

—¡No seas idiota!—terció Gracián—. Esas cosas se hacen hoy por telegrafía sin hilos.

En aquel instante, Pedro, que no cesaba de mirar a la deliciosa muchacha, a Diana, vio

que un criado se acercaba al viejo llevándole un telegrama.

El marqués lo leyó y se lo presentó a su hija:

«El señor Vandergould estuvo el día 7 en Nápoles. Después fué a Berlín y hoy se cree que está de incógnito en Karsbad. — *Agente.*»

—Además—continuó el marqués—, hoy he recibido una carta de Cornelio anunciándome que me hará una visita hoy mismo, en el hotel.

—¿Quieres que no hablemos más de este asunto tan desagradable, papá? Vamos a ver los bailarines.

Marcharon padre e hija a la pista enclavada en el jardín del hotel, donde unos cuantos profesionales parecían poner sus huesos a prueba de toda dislocación y Gracián se apoderó del bolso que Diana había dejado olvidado sobre su asiento.

—Ahora mismo le vas a devolver eso a su propietaria—dijo Pedro con energía.

—Unos robamos nombres y otros carteras. Es cuestión de especialidades.

—Yo podré ser aventurero, pero no ladrón—arguyó Martel y de un tirón le quitó el monedero.

En aquel instante, Diana, que se había dado cuenta de su olvido, volvió a donde antes estaba y comenzó a mirar por todas partes.

Pedro Martel se acercó a ella, preguntándole:

—¿Es de usted este bolso, señorita?

Y como ella contestara afirmativamente, con



una inclinación de cabeza, él justificó su posesión :

—Lo encontré ahí, junto a ese árbol...

Diana, al ver la franca sonrisa del joven y su gallarda apostura, sintió que el rubor le encendía las mejillas y no pudo evitar un pensamiento : « ¡ Si al menos fuese así ese odioso Vandergould !... » No creemos pecar de exagerados si aseguramos que el joven le agradó sobremanera y que Pedro se sintió prendado por la bella desconocida.

Volvió el joven junto a Gracián, que parecía estar de pésimo talante, y lo recriminó duramente.

—Procura no molestarme mucho, porque te quito de en medio—concluyó.

Gracián, soberbio y vengativo, echando espumarajos de rabia, se separó de su amigo, jurando y perjurando que se acordaría de él. Juan Remiers, que seguía afanoso la lectura de la prensa, alzó de pronto la cabeza, diciendo :

—Nos persigue la desgracia, querido ; no vamos a poder estar tranquilos en ninguna parte. Lee este periódico, verás lo que dice.

« Como consecuencia de una antigua y estrecha amistad entre el marqués de Orsay—decía el diario—y el multimillonario norteamericano Vandergould, se convino hace diez años el casamiento de sus hijos. Parece ser que la boda entre Diana de Orsay y Cornelio Vandergould quedará definitivamente resuelta en una entrevista que ambos contrayentes celebrarán uno de estos días en el Hotel Imperial de Karsbad. »

—¿ Y qué me dices ahora ?—añadió Remiers,

cuando su amigo hubo concluido la lectura—. ¿ Qué hacemos nosotros si se presenta el verdadero Vandergould o bien el marqués ? Ese, quieras que no, te obliga a casarte con su hija.

—Pierde cuidado, Juan. Lo de pasar por Vandergould terminó ya. Aquí no soy más que el industrial americano Jacobsen en viaje de recreo por Europa.

Pero, como si la desgracia hubiera querido cebarse en ellos, en aquel momento apareció la bella Blanquita, que por ir detrás de los millones del norteamericano, y cabe también seducida, en parte, por su simpatía, no había dudado en abandonarlo todo : teatro, banco, amistades, gloria, etc...

—¡ Al fin te encuentro, Vandergould de mi vida !—gritó en voz alta.

Como es natural, el marqués de Orsay, que estaba a dos pasos de ellos, no pudo menos de darse cuenta y, levantándose con la mayor presteza, fué al encuentro del joven.

—¡ Cornelio ! ¿ Cómo no te has dado a conocer, sabiendo que te esperábamos ? La última vez que te vi tendrías unos diez años... Te presento a mi hija Diana, tu prometida.

Diana lo saludó con entera frialdad.

—¿ Quién es esa señorita cursi ?—preguntó la bailarina a Remiers.

—Su novia. La marquesa de Orsay. Como ves, ¡ una tontería de criatura ! Consejo de amigo, Blanca, es inútil que pretendas luchar con ella ; no tienes armas bastantes para combatirla, no obstante y ser lo guapa que eres ; pero, comoquiera que si has abandonado a



Goerz, supongo necesitarás un sustituto y me gustas una barbaridad...

—Es usted muy poca cosa para mí, señor mío—repuso la danzarina de pésimo humor.

Pedro Martel y Diana se habían alejado, yendo a sentarse en un rincón del jardín.

—Como usted comprenderá — decía el joven—, vengo a cumplir la voluntad de mi padre; después de haber visto a usted, me es grato decirle que es también la mía.

—Yo no me casaré nunca con un hombre a quien no ame.

—¿Y está usted segura de no llegar a amar me nunca, Diana? Yo le aseguro que muchas veces me he rebelado contra la absurda decisión de mi padre; que al venir a cumplir este acto he venido como si me llevaran a la guerra o a un suplicio, pero no tenía más remedio. Sin embargo, cuando la he visto, cuando su padre me ha dicho: «Te presento a mi hija Diana, tu prometida», he dado por bien empleadas todas mis torturas morales y desde el fondo de mi alma he bendecido a mi padre, porque me he dicho: ¡he aquí la mujer ideal, la que tú te habías forjado en tu imaginación!

Diana, al ver el fuego con que se expresaba su adorador, al ver la sinceridad de sus palabras, no pudo ocultar su satisfacción. El supuesto Vandergould, que, dicho sea de paso, se portaba aún mejor que si hubiese sido el verdadero, viendo que ganaba terreno por momentos, prosiguió:

—Por la simpatía que usted me ha inspirado antes de saber quién era, yo le ruego, señorita, que se olvide de que esto es una im-

posición, y no vea en mí al galán obligado, sino a un joven que el azar puso en su camino, un desconocido, honrado y enamorado de usted, que la casualidad quiso fuera el que ya de antemano le había señalado el Destino. Yo creo en el Destino, Diana; creo que hasta las fuerzas misteriosas nos han empujado hacia la felicidad, y créame, rompamos el hielo y,



en lugar de desdeñarla porque parezca obligación, aceptémosla como un don de nuestros padres y quién sabe si hasta de Dios.

A punto estaban de caer uno en brazos de otro cuando se presentó el marqués:

—¿Se puede saber, hijo mío, por qué te has presentado en el hotel con un nombre falso?

—Para evitar que me molestaran demasiado. Los millonarios hemos de soportar a tanto impertinente... Usted no sabe lo que me sucedió en Berlín. ¡Fué terrible! Creí que no



iba a poder desasirme de la multitud que llegó a asediarme.

En este instante el supuesto Vandergould no decía más que la verdad.

Remiers y Gracián, que a la sazón había llegado a unir su despecho con el de Blanca, sostenían en tanto una discusión violenta.

—¡Ya te arreglaré yo a ti y a ese falsario de Jacobsen, Vandergould de guardarropía, o como se llame! ¡Os juro que os acordaréis de Gracián!

Tan pronto como lo dejaron libre su novia y su suegro, previno a su buen amigo:

—Gracián y Blanca se han unido y tratan de hacernos una mala pasada. ¡Es preciso que huyamos cuanto antes!

—Mañana mismo nos vamos a Londres en compañía de mi novia. No te preocupes.

Y con una tranquilidad que el propio Vandergould en persona le habría envidiado, Pedro Martel se puso a contemplar el paisaje, deleitándose con su belleza.

Dos días más tarde lo encontramos en Londres a bordo del yate del marqués en una deliciosa fiesta. Diana había olvidado sus celos y estaba perdidamente enamorada de él. En cuanto al marqués, sólo tenía boca para alabarle.

—Es una delicia este muchacho—decía a uno de sus amigos—. Tan rico y tan modesto. Nadie diría, al ver su llaneza, que es el hombre más rico del mundo...

Cuando más ajeno estaba él a lo que podía sucederle, se presentaron a bordo Gracián y la bailarina, solicitando hablar en el acto con el marqués, a quien pusieron al corriente de

la situación. El marqués mandó llamar al joven y Gracián volcó todo su odio en presencia de su enemigo.

—Ese hombre que se encuentra al lado de su hija es un aventurero; un estafador. ¡Sí, señor marqués, un verdadero estafador que durmió durante muchas noches en los bancos del Jardín Botánico de Berlín!

Al ver el marqués que el joven bajaba la cabeza ante estas acusaciones, mandó llamar a la policía.

—Si no eres verdaderamente Vandergould, ¿por qué no huyes? ¿Por qué no escapas antes de que vengan?—le decía Diana, con los ojos llenos de lágrimas—. Y si eres Vandergould, ¿por qué no te defiendes? ¿Serás capaz de dejar que te arresten en mi presencia?

Cuando llegaron los guardias, el joven continuaba esperando con el mismo estoicismo, con la misma resignación fatalista.

—¡No, papá! ¡No quiero que lo detengan!—dijo Diana llorosa, abrazando a su padre.

Con la cabeza baja, soportando las terribles miradas de todos los invitados, Pedro Martel salió del yate, dejando desconsolada a Diana. Antes de finalizar la fiesta el marqués recibía un cable de Vandergould diciéndole que por cuestiones de negocio no había podido ir al balneario de Karsbad y que lo esperaba dentro de seis días en Nápoles.

Y aquella misma noche Pedro Martel y Juan Remiers tomaban el tren con dirección a la más bella ciudad del Mediterráneo, proponiéndose hacer antes un descanso en París.

Gracián y Blanca, no sabemos por qué procedimiento, se enteraron de lo que sus ene-



migos tramaban y fueron también en pos de ellos, consiguiendo llegar dos días antes.

Al bajar del tren Pedro Martel se vió cómo le arrebatava su equipaje un mozo vestido a la usanza napolitana.

—El hotel de Londres es el mejor de la ciudad, señores. En ninguna parte se encontrarán tan bien como allí.

Dejáronse conducir y al poco rato descendieron ante la jefatura de policía.

—Aunque no lo parezca—dijo el bandido, desenmascarándose—, éste es el hotel que les conviene a ustedes, señores.

Pedro Martel contestó a las preguntas del comisario haciéndole saber que su pasaporte a nombre de Cornelio Vandergould era rigurosamente exacto, y, para convencerlo, solicitó que a sus expensas se pidiera una fotografía a Nueva York por telegrafía sin hilos. Así lo hicieron y aquella misma tarde, en vista de que la fotografía enviada confrontaba con la del pasaporte y con la persona del que conocemos con el nombre de Pedro Martel, lo dejaron salir.

—Es usted el verdadero Vandergould y no tengo más remedio que pedirle mil excusas por mi error, caballero—le dijo el comisario—. En cuanto a ese bribón que se ha instituido en confidente, ya procuraremos ajustarle las cuentas.

El mismo prefecto de policía lo invitó a una fiesta patriótica, a la cual estaba también invitado el marqués.

—Le guardo a usted una gran sorpresa, señor de Orsay—le dijo el prefecto presentándole al joven—: ¡Su yerno!

—Este señor no es mi yerno, caballero. Este es un estafador que se entretiene en engañar a todo el mundo—protestó el marqués.

—Engañará a todo el mundo, pero a la policía de Nápoles no la engaña nadie. Yo mismo he pedido la fotografía a Nueva York y puedo garantizarle que coincide con su pasaporte y con el original, ¡caramba!

Al oír aquellas afirmaciones tan categóricas, Diana creyó volverse loca de alegría.

—¿Se puede saber por qué no te defendiste de las acusaciones que te hicieron en Londres? ¿Me quieres explicar cómo siendo el verdadero Vandergould pudiste tolerarlas sin mandarlos a la cárcel?

—Yo no necesito defenderme contra las acusaciones de los granujas que van en busca de mi dinero. Me basta con la tranquilidad de mi conciencia.

Aquella respuesta de hombre consciente de sí mismo, de poseído de su persona, llenó de orgullo a la ingenua criatura, que sintió unos inmensos deseos de estrecharlo entre sus brazos.

Pero estaba de Dios que la dicha no debía ser muy duradera. En aquel mismo instante se presentó un criado trayendo una carta y un ramo de flores. La cartaba iba dirigida al marqués de Orsay, firmada por Vandergould, y en ella anunciaba que antes de su llegada a Nápoles quería saludar a su prometida por medio de aquellas flores y que al día siguiente, a las tres de la tarde, lo haría personalmente en los grandiosos talleres Triat, donde pensaba encontrarlos.

Diana enseñó la carta a su amado.



—¡ Dígame que esta carta es una mentira !...  
¡ Dígame que viene de un impostor y lo creeré sin vacilar !

El joven, como hiciera en otra ocasión, bajó la cabeza y no dió respuesta alguna.

—¡ Me ha vuelto usted a engañar !—suspizó ella con el mayor desconsuelo—. ¡ Sólo un hombre tan perverso como usted es capaz de jugar de una manera tan cruel con el corazón de una muchacha !...

Y mientras él por dos veces desenmascarado Vandergould se alejaba de aquel lugar donde todos los ojos parecían flechas que vieran a herirle de manera despiadada, Diana salió al jardín a ocultar su amargo llanto.

En este interregno, Blanca se había sentido sentimental y quería a todo trance penetrar en las habitaciones particulares de Pedro Martel para sincerarse con él.

—¡ Yo soy en parte la causante de todas sus desdichas, querido Remiers !—decía—. ¡ Déjeme que lo vea y que me sincere con él !...

—No, Blanquita, no ; a ti te conviene más permanecer a mi lado. ¿ No te has dado cuenta de que te idolatro ?

—¡ Si al menos fueras millonario !...

—¿ Estás segura de que lo es él ?

—Tanto como segura, no ; pero, la verdad, he estado en la comisaría mientras se recibía su foto y casi casi me he convencido.

—¡ Ah, ya !... ¡ Ya me parecía a mí que tu amor por mi amigo era de una profundidad submarina !... No seas mala, Blanquita. Dame un poquitín de cariño y verás cómo no te arrepentirás. ¡ Mira que estoy solicitadísimo y te vas a quedar sin mí !

Dejemos a Remiers tratando de convencer a la aprovechada Blanquita, que, después de todo, no dejaba de ver en el aristócrata arruinado un buen muchacho digno del mayor aprecio, y pasando por alto las andanzas de Pedro Martel en aquella noche, en la cual nadie supo dar razón de su persona, así como también las angustias de Diana, que vertió lágrimas sin cuento frente a la bahía napolitana, decorada por una luna llena que hacía aparecer las tranquilas aguas como un espejo de plata, y vayámonos a los talleres Triat, donde al día siguiente, a las tres de la tarde, con precisión de cronómetro, encontraremos al verdadero Vandergould, rodeado de un escuadrón de ingenieros y secretarios inspeccionando los trabajos de la enorme fábrica, de la cual era principal accionista.

La entrevista que Diana tuvo con el financiero no pudo ser más fría. Le hizo la impresión de que era un hombre mecanizado. Un almacén de cifras que reducía a números, hasta las más sagradas pasiones. Llevaba un bigote que parecía una brocha y su aspecto general no podía ser más ridículo.

—Espero, señorita que no le seré del todo desagradable—le dijo después de ser presentado.

Diana, por verdadera cortesía, le contestó con cuatro frases comunes. Estaba deseando alejarse de su presencia cuanto antes. Le era francamente odioso.

—Mi palacio espera a la que desde hoy ha de ser su dueña, señorita. Es el más hermoso de Nápoles y nunca tan bello como se lo merece usted.



Al abandonar la fábrica Diana rompió a llorar.

—¡Imposible, papá! ¡Antes que casarme con este hombre prefiero mil veces volver al convento y encerrarme allí para siempre!

Tal como el marqués lo había prometido, fueron aquella tarde a tomar el té con Vandergoul. Al volver de los talleres se encerró éste en sus habitaciones y, no obstante las repetidas llamadas de los criados, se negó a responder. Cuando ya estaban los invitados en el hotel se abrió la puerta de las habitaciones del millonario y apareció Pedro Martel.

—¿Usted aquí?—dijo furioso el marqués—. ¿Dónde está Vandergould?

—¿Y a mí por qué me pregunta usted? ¿Qué tengo yo que ver con su yerno?

Llamado otra vez el prefecto de policía y puesta ésta otra vez en movimiento, sólo pudieron sacar en claro que aquellas habitaciones pertenecían al millonario Vandergould, que aquella mañana había descendido de su yate, anclado en el puerto, y que desde hacía tres horas había desaparecido. No había duda de que en esta desaparición tenía algo que ver el llamado Pedro Martel.

El prefecto dió las órdenes necesarias para buscar al millonario, pero, por otra parte, se abstuvo de dictar providencia alguna contra Pedro Martel.

—Este es un asunto muy complicado, señor marqués—le decía—. Por telegrafía sin hilos me dicen que el falso millonario es el verdadero. Usted me dice que el que por ella me dan como verdadero, es el falso. Yo no sé a qué carta quedarme, ni qué hacer. Es la pri-

mera vez que me engañan por radio, amigo mío...

Estando en estas razones apareció una dama enlutada, que se hizo anunciar como la madre de Cornelio Vandergould. Era Remiers, que, enterado de que buscaban a su amigo y de que le inculpaban nada menos que de asesino, al enterarse en donde se hallaba venía en su auxilio.



—¡Gracias a Dios!—exclamó el prefecto—. ¡Esta señora nos va a sacar de apuros!

—¿Podría hablar unos momentos a solas con mi hijo?—preguntó la anciana, que a la sazón tenía cubierta con un velo sumamente tupido.

—Sí, señora. ¡No faltaba más!

—¡Cómo que no faltaba más! —gritó el marqués—. ¡Ya lo creo que falta! Cornelio no tiene madre desde que era chiquitín. ¡Esta mujer es una impostora!

Al oír los gritos acudió Pedro Martel y,



viendo que llevaban preso a su amigo, confesó la verdad.

—Señores, yo soy el verdadero Vander-gould. Todas estas tonterías que he hecho y las muchas que todavía pensaba hacer, no tenían más fin que el de asegurarme que Diana no me quería a mí por mi dinero, sino por mí. Me lo ha demostrado más de una vez con sus lágrimas y ahora ya no tengo inconveniente en mostrar a ustedes esta peluca y este bigote con los cuales me han visto en los talleres Triat.

Diana, al oír estas palabras, se echó en brazos de su amiado, loca de alegría, y Cornelio prosiguió:

—Quizá les extrañe a ustedes todo esto; pero si hubieran pasado por las cosas que yo he pasado en mis pocos años de vida comprenderían las razones que me asisten para haberlo hecho. Cuando todos saben que uno es rico, el amor y la amistad son cosa rara. Yo me fingí pobre y desconocido y he encontrado las dos cosas. ¡Ven a mis brazos, Remiers! Tú eres un buen amigo y un corazón de oro. De hoy en adelante serás mi secretario privado.

Blanquita apareció en aquellos momentos y ya se disponía a arrojarle en brazos del que hasta ahora hemos venido llamando Pedro Martel, cuando la contuvo Remiers, diciéndole:

—Perdona, querida; es el verdadero Vander-gould y, como secretario particular suyo que soy, no tolero que le molestes.

—¿Te ha nombrado su secretario particular?

—En este mismo instante, querida.

—¡Lástima que no te haya dado unos cuantos millones!

—Se los daré con el tiempo, señorita—repuso el millonario.

—Entonces, si es así...

—Si es así, en lugar de anunciar su boda sólo, anuncie la de los dos, querido jefe—dijo Remiers abrazando a la bailarina.

Dos días después, a bordo del suntuoso yate de Cornelio, se celebraba una doble boda. Al mismo tiempo el infame Gracián recibía una carta concebida en los siguientes términos:

«Con sus impertinencias y su egoísmo me ha hecho usted importantísimos servicios. Comoquiera que aun cuando pretendió hacerme daño me hizo un gran bien y yo no olvido los favores que recibo, le adjunto un cheque de veinticinco mil dólares. Quizá con esta cantidad se le quite la manía de apoderarse de lo ajeno y sea de hoy en adelante un hombre honrado.

»Cornelio Vander-gould.»

Y mientras el bandido se embolsaba el cheque, inflamado de santos propósitos de enmienda, Cornelio, verificada la unión, brindaba en el banquete de esponsales.

—Fritz Jacobsen ha muerto y Pedro Martel también. Con la muerte de estos dos aventureros, por obra y gracia del amor de Diana, resucita un nuevo Cornelio Vander-gould, que



no creía en muchas cosas en que ahora cree y que piensa ser el más feliz de los hombres.

Los músicos del yate entonaron el himno nacional y los tripulantes rompieron en vivas estentóreos.

—¡Vivan los novios! ¡Vivan Cornelio Vandergould y Diana de Orsay!

—Estos vivas no son para nosotros, Blanquita—murmuró Remiers.

—Déjate estar de vivas, tontín. Lo importante es que seamos pronto millonarios—repuso ella, dándole un fuerte abrazo, mientras la otra pareja de novios hacía lo propio.

FIN



